

Eliseo Serrano Martín y Jesús F. Criado Mainar (eds.), *Santos extravagantes, Santos sin altar, mártires modernos*, Madrid, Sílex, 2022, 420 págs.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](https://creativecommons.org/licenses/by/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/ihemc.43.2023.967-971>

La divertida cubierta del libro que comentamos invita a su lectura, en la que se hallarán ese tipo de casos singulares y raros que atraen la atención de los lectores. Obviamente, el contenido es perfectamente serio y riguroso: el término “santos extravagantes” se refiere a aquellas personas que no han recibido por parte de la Iglesia el reconocimiento como santos o santas y por eso mismo no figuran en el breviario romano. El empleo de esa definición, que puede ser llamativa para quienes no estén al tanto de esta temática, está tomado de la obra del jesuita Pedro de Ribadeneira, *Libro de vidas de santos que comúnmente llaman Extravagantes, porque la Yglesia no reza dellos en el Breviario romano*, publicado en 1604. Las causas del fracaso en el camino hacia los altares eran muchas, como indican en su prólogo los editores, ambos reconocidos especialistas, derivando unas veces del elevado coste de un proceso de canonización; otras, de los enfrentamientos entre órdenes religiosas que defendían a los suyos propios o desacreditaban a los ajenos; y algunas, de las dificultades y obstáculos puestos por la Inquisición, así como por la propia autoridad papal. En efecto, esto fue muy claro desde los decretos Urbano VIII de 1625 y 1628 que prohibieron el culto a personas antes de su reconocimiento oficial y que regularon los procesos de beatificación antes de cincuenta años de la muerte de los postulados. Se trataba de limitar el acceso a la gloria, reconduciendo el fervor contra-reformista de fines del siglo XVI y principios del XVII: una marea de canonizaciones que sin duda resultaba peligrosa para la buena imagen de la Iglesia, por cuanto llegaron a los altares muchos hombres y mujeres cuya santidad era bastante discutible. Conviene no olvidar que precisamente esa era una de las motivaciones de las críticas ácidas que la Iglesia romana había recibido antes del Concilio de Trento por parte de los diferentes componentes de la reforma protestante e incluso de entre las filas católicas.

El libro reúne quince trabajos de autoría muy diversa, que se complementan entre sí, ya que al lado de los más propiamente de historia aparecen otros de historia del arte que analizan las imágenes, algo

fundamental dado que la construcción de una representación pública de aquella persona que se pretendía promocionar era crucial en un periodo, el del Barroco, en el que la imagen contaba casi tanto como la palabra. A esto se dedica el artículo de Juan Luis González García titulado “Santos modernos e imágenes heterodoxas de Palomino a Interián” (pp. 225-246), en el que se abordan las propuestas de los autores de sendos tratados, *El museo pictórico y escala óptica* en el caso de Antonio Palomino en 1715 y 1724, y *Pictor christianus eruditus*, de fray Juan Interián de Ayala, editado en 1730 y traducido al castellano en 1782. Los dos, desde sus respectivas especialidades, pensando en pintores o en quienes se dedicaban al estudio erudito de la teología, formalizaron una guía de cómo proceder en las representaciones sin caer en errores como presentar imágenes carentes de relación con la realidad, recomendando, por ejemplo, que los santos se representaran con sus edades reales y no más jóvenes de cuándo se habían muerto.

El capítulo firmado por Jesús Criado Mainar, “Retrato funerario y anhelo de santidad. Apuntes en torno a algunas pinturas bilbilitanas de la edad de la Contrarreforma” (pp. 41-65), toma como caso de estudio los retratos funerarios de fines del siglo XVI a mediados del siglo conservados en Calatayud correspondientes a tres destacados varones a los que se pretendió llevar a los altares; para este objetivo, la perpetuación de los rasgos fisonómicos de los tres constituía una base argumentativa: son retratos post-mortem de no muy buena calidad pero útiles para su finalidad, y tenían detrás las experiencias de otros santos como Ignacio de Loyola o Teresa de Ávila, que sí triunfaron en el santoral. En ese mismo ámbito temático, el capítulo titulado a “Imágenes y culto de un ¿olvidado? candidato a la santidad, Domingo Anadón” (pp. 91-121), está firmado por Andrés Felici Castell sigue las huellas tanto documentales como iconográficas de un hombre nacido en un pueblo de Teruel en 1530, que se formó con los jesuitas y que desarrolló su vida atendiendo a los pobres de la ciudad de Valencia, en cuyo contexto adquirió fama de santidad; ahora bien, las diferentes iniciativas para elevarlo a los altares, que llegaron a fines del siglo XVIII, no tuvieron éxito, como el artículo demuestra, de forma que fue cayendo en el olvido de los valencianos y su memoria se redujo a su pueblo de origen.

El tercero de esta línea es el de Rebeca Carretero Calvo, “Representación artística de San Pedro Arbués a través de su proceso de canonización, Zaragoza 1648” (pp. 173-210), dedicado al famoso inquisidor que fue asesinado en la catedral zaragozana y cuyo proceso hacia la santidad conoció diversos obstáculos, hasta el punto de que no fue declarado santo hasta 1867, tras un proceso que se había iniciado en 1648; ese proceso

constituye precisamente la valiosa fuente que emplea este artículo, donde se toman como línea las imágenes de Arbués que se hicieron para reforzar su candidatura, objetivo al que también obedeció el prestigio de los personajes que participaron en la causa, que incluía al cronista de Aragón Andrés de Uztároz. Un poco diferente, pero también en esta línea, está el artículo de Jaime Elípe titulado “Devociones personales y familiares de las élites nobiliarias españolas y el culto de Santa María Magdalena a comienzos del siglo XVI” (pp. 153-171), que toma como ejemplo a una familia nobiliaria vinculada a la Corte y bien conocida por el autor, la de don Alonso de Aragón, hijo ilegítimo de Fernando el Católico, a través de los vestigios de tipo material que evocaban de emociones como la generada por María Magdalena, una figura que disfrutaba de un amplio reconocimiento a pesar de su imagen de pecadora.

Varios de los capítulos tienen una clara referencia territorial, de modo que son de carácter transversal y exponen lo que podríamos denominar “geografía de la santidad frustrada”. Por una parte, Betrán Moya escribe el titulado “Sobre santos y santas extravagantes en las hagiografías catalanas del Barroco” (pp. 247-290), un exhaustivo análisis de los hagiógrafos catalanes, partiendo del jesuita y teólogo Pere Gil, autor de un amplio e inacabado recopilatorio escrito en catalán, y el dominico Antoni Vicens Domenech, autor de una historia general de los santos del Principado, impresa en 1602 y escrita en castellano, lo que da idea de su diferente ambición; el estudio analiza la tipología de los santos y santas, los objetivos ejemplarizantes y la tonalidad política que podían tener las hagiografías, el hecho de que Cataluña fuera por entonces fronteriza con una Francia donde proliferaban los “herejes”, por lo que tienen un componente de defensa de los valores antiguos.

Las páginas firmadas por Juan Ramón Royo García, “Misioneros y mártires aragoneses, siglos XVI-XIX” (pp. 291-332) reúnen un amplio e intenso recorrido con respecto a quienes, partiendo de Aragón, fueron como misioneros a América África y Filipinas, algunos de los cuales fueron mártires, como por ejemplo los frailes misioneros que perdieron su vida en los territorios de Florida y Georgia en los actuales Estados Unidos, además de los casos aragoneses martirizados en Japón, en China y en Vietnam, territorios exóticos a donde habían ido llevados por su celo misional. Centrado en la ciudad de Zaragoza, el capítulo de Juan Postigo Vidal, “Devociones populares. Santos extravagantes en Zaragoza: cultura material y religiosidad en los siglos XVII y XVIII” (pp. 333-368), ofrece una visión diferente a partir de la presencia de ejemplares de *flos sanctorum* en las bibliotecas particulares de la ciudad en ambos siglos, así como de objetos y elementos iconográficos

en los espacios habitables, lo que revela la nómina de las predilecciones devocionales de diferentes sectores sociales zaragozanos a partir fundamentalmente de documentación notarial. Eliseo Serrano Martín dedica las últimas páginas del libro (393-420) a “Los santos extravagantes aragoneses de Pedro de Ribadeneyra”, un título que expone la intención de ahondar en una obra que respondía plenamente a las directrices del Concilio de Trento, lo que da al autor la ocasión de analizar las vidas de aquellos que alcanzaron cierta fama, como el teólogo Braulio de Zaragoza, la mártir Engracia -cuya cripta estaría en la propia Zaragoza-, o Isabel, infanta de Aragón y reina de Portugal, un caso muy diferente que tenía como objetivo reforzar la imagen de Felipe II como campeón de la ortodoxia.

Entre los ejemplos individuales está el artículo de Miguel Gotor, “El excesivo fervor de aquel Santo hombre”: los orígenes del modelo hagiográfico de San Camilo de Lelis en las biografías de Sanzio Cicatelli, entre censura y autocensura (1615-1627)” (pp. 27-40), en el que se exponen y analizan las dificultades opuestas a la beatificación del fundador de una orden asistencial que desarrolló su labor en las crisis epidémicas de finales del siglo XVI en Roma, pero quién no se perdonó sus intentos de controlar el sistema hospitalario de forma que habiéndose iniciado su proceso de beatificación en 1619 la dureza del procedimiento inquisitorial hizo que su llegada a los altares sí alcanzaría en 1746, toda una serie de motivaciones entre las cuales estaban intereses económicos y políticos ocultados bajo ese larguísimo proceso. Otro caso hoy análisis individual es el que realiza María Leticia Sánchez Hernández en su artículo “La insólita vida de Luisa de Carvajal (1566-1614), una mártir truncada en los altares” (pp. 133-152). Mujer de familia de abolengo y amplio patrimonio, Luisa, con ayuda de los confesores de la Compañía de Jesús, llevó una existencia poco acorde con su época y su clase social, dedicada a la vida religiosa, pero sin integrarse a ninguna orden; movida de un interés heroico pasó a vivir a Londres, en donde trataba de convertir a los protestantes y acabó donando todo su patrimonio a los jesuitas. Su proceso de beatificación, en el que participaron personajes del mundo cortesano, religiosas e incluso diplomáticos no le sirvió para acceder a los altares. El caso más llamativo de los que se estudian en el libro es el de “Baltasar Gérard, asesino y mártir, entre los extravagantes del *flos sanctorum* de Villegas” (pp. 67-90), en un artículo escrito por Fernando Baños Vallejo. La singularidad de este personaje, un soldado borgoñón católico, radica en que en 1584 mató a Guillermo el Taciturno, príncipe de Orange, de modo que pasó a ser un héroe entre los católicos y odiado magnicida y traidor en el relato protestante; su ejecución alcanzó niveles extremos de crueldad lo que le valió

el calificativo de mártir, pero para poder incluirlo entre quienes merecieron la santidad, no quedó otra opción que subrayar su arrepentimiento final.

Los estudios por grupos están encabezados por el artículo de Rosa María Alabrús Iglesias, “Martirio y santidad hispana en el Japón del siglo XVII” (pp. 123-132), en el que esta especialista en los estudios hagiográficos, analiza el caso de los cristianos martirizados y asesinados a fines del siglo XVI y principios del XVII en aquel lejano imperio, así como el inicio de su proceso de elevación a los altares, que va coincidir con el periodo de filtro impuesto por la Congregación de Ritos, de modo que, como en otros casos, hubo que esperar a mediados del siglo XIX para que fueran reconocidos como tales. Por su parte, Pauline Renoux-Caron en “Los Santos sin altar de la orden de San Jerónimo” (pp. 369-392) fija su atención en la aparente contradicción entre la presencia de relatos hiperbólicos defendiendo a posibles santos de esa orden, en especial desde 1468, y el abandono de dos causas de canonización de un monje y de una monja, fray Hernando de Talavera y sor María de Ajofrín, que finalmente quedaron como extravagantes, ella al desaparecer la necesidad de defender la adopción de los estatutos de limpieza de sangre y de legitimar a la Inquisición y él porque nunca generó gran fervor popular, y víctima de los rigores de la política confesional de los Habsburgo. Paolo Cozzo estudia “El culto de los mártires dominicos en los valles valdenses (siglos XIV-XV): memoria y propaganda en la edad del *Resorgimento*” (pp. 211-223) la trayectoria de ese grupo que en 1532 optó por adherirse al calvinismo, por lo que fue perseguido por los frailes dominicos, adquiriendo sus integrantes fama de mártires; en el siglo XIX esta cuestión toma un nuevo impulso debido a las reformas que en 1848 permitieron la libertad de culto en los estados saboyanos, de modo que los valdenses pudieron abrir un primer templo en 1853, dando pie a un caso político entre el Papa y Piamonte en una fase de endurecimiento y fortalecimiento del catolicismo radical.

En definitiva, se trata de un libro que aborda un tema relevante dentro de una fructífera corriente de estudios sobre la religiosidad del período moderno, en especial el posterior al final del concilio de Trento. El enfoque es original: se tratan los fracasos, algo mucho más difícil que los éxitos, y explicar las causas de las trayectorias truncadas de hombres y mujeres que no llegaron a los altares, a veces con más “méritos” que quienes lo consiguieron.

OFELIA REY CASTELAO
orcid.org/0000-0002-9720-8486
Universidad de Santiago de Compostela
ofelia.rey@usc.es